

del 18 de fructidor y que tuvo valor para defender á su amigo. Despues que concluyó su tiempo en el consejo de los Ancianos volvieron á elegirle inmediatamente para los 500 y despues del 18 de brumario le nombró Bonaparte consejero de estado en la seccion de guerra. Fue miembro del Instituto en la clase de economia política y presentó diferentes planes militares en nombre del gobierno. En 1800 fue ministro interino de guerra. En 1804 se le nombró director de la escuela politécnica y gran oficial de la legion de honor y en 1805 se le hizo general de division. Lacuee ha publicado *El Guia del oficial en campaña*; y la parte del arte militar moderno de la Enciclopedia metódica; dos tomos de opiniones é informes dados á diferentes asambleas nacionales sobre la administracion general del estado y muchas Memorias militares que están insertas en la coleccion del Instituto.

## PAGINA 51.

12 El conde de Launey de Antraiguas, y no de Entraiques como se lee en el texto, fue diputado por la nobleza á los estados generales y á fé que no de los menos apasionados á las reformas, no solo en sus discursos sino tambien en folletos que publicó antes y despues de aquella asamblea. Su genio bullicioso, mas que su persuasion, le hizo entrar en correspondencia con los emigrados y con muchos de sus ageutes, de suerte que mucho antes de esta aneodota que refiere el texto se habian cogido ya diferentes cartas suyas entre los papeles de Lemaitre, y por cierto que comprometieron bastante á Cambaceres. Bonaparte se condujo generosamente con él; pero á buena cuenta él se escapó de su arresto auxiliado por una actriz de la ópera llamada Mma. Santi Huberti, con quien despues se casó. Fuéronse los dos á Rusia donde el emperador Alejandro le nombró consejero de estado en 1805 en recompensa de sus servicios. A fines de aquel año vino con una comision diplomática á Sajonia pero le obligaron á salir de allí y se

volvió á su destino. Considerado como escritor público, pasa Mr. de Antraigues por uno de los mas elocuentes que dió de sí la revolucion francesa. Publicó en 1790 una *Memoria sobre los estados generales* y otro escrito intitulado *Cuál es la situacion de los Franceses*. En 1795 dió á luz en Londres unas *Observaciones sobre la conducta de los principios coligados*; *Reflexiones sobre el divorcio* y otros varios opúsculos y poesias sueltas.

## PAGINA 58.

15 Ya es tiempo de que demos noticia de este personaje, cuya vida es unade las mas curiosas de la historia moderna, porque si hubiera de escribirse con la minuciosidad que exige un artículo necrológico equivaldria á ser la crónica de Europa durante 40 años.

El principe Carlos Mauricio, duque de Talleyrand Perigord es uno de aquellos hombres de estado de quien se han escrito mas errores y trivialidades, ya elogiando su ingenio, ya exagerando su immoralidad y ya pintándole como una especie de mágico político, que no solo adivinaba sino dirigia y forzaba los acontecimientos. Sin embargo Talleyrand no fue mas que un gran señor muy hábil, y que en medio de una revolucion democrática sacó mas partido de su ilustre nacimiento que otros de su espada y de su superioridad filosófica. Por que dígase lo que se quiera, no es indiferente un nacimiento ilustre sobre todo en la carrera diplomática, donde el negociador que no trata de igual á igual con otros personajes de la misma carrera tendrá que exigir menos y conceder mas, á no ser que las negociaciones se reduzcan á lo que suelen mas de una vez, esto es, á intimaciones y no tratados. Nació en Paris el año 1754 y tuvo por abuela materna aquella célebre princesa de los Ursinos que dirigió los consejos de Felipe V en nuestra España, como su amiga Madama de Maintenon los de Luis XIV. Era segundo de su casa y desde luego le des-

tinaron al estado eclesiástico, según la costumbre de la nobleza francesa, poniéndole á los 14 años en el seminario de S. Sulpicio. Desde luego manifestó poquísima inclinación al estado á que le destinaban, pues no solo fue de los mas traviesos y libertinos de la comunidad, sino que en lugar de aprovechar en los estudios teológicos, toda su atención estaba absorbida en los negocios políticos. A los 20 años le dieron la agencia general del clero, que era un empleo muy lucrativo y casi tradicional en su familia, y fué tal el orden y claridad que introdujo en aquella vasta administracion de los bienes de la iglesia, importantes mas de 156 millones de francos, que desde luego anunció una capacidad extraordinaria. Todos los años se reunia una junta ó asamblea del clero y en ella daba cuenta el abate Talleyrand del estado de las rentas, de los pasos y diligencias que habia practicado en la corte etc. todo con una exactitud y brillantez de estilo admirables. Esto contribuyó notablemente para que á la edad de 25 años se le confiriese el obispado de Autun, que solia servir de escala para el arzobispado de Reims y para el cardenalato, y valia por de pronto 60 mil francos de renta. Estaba relacionado Talleyrand con aquella sociedad filosófica de la escuela inglesa, que ya pensaba en la necesidad de una reforma política y en particular se habia estrechado con Mirabeau, Cabanis, Lally Tolendal y Mounier, á quienes solia decir con mucha gracia que *él se consideraba como un abuso*. Se habia introducido la moda en la alta sociedad francesa de clamar por la supresion de sí misma, y cuando se considera que los autores de la proposicion para la abolicion de la nobleza y los títulos fue firmada por los Montmorency, los Montesquiou, los Rochefoucault, los Talleyrand y los Clermont-Tonnerre, no puede menos de que la tal moda se hubiese convertido en una especie de vértigo, ó que tal vez estuviese fastidiada la nobleza de la multitud de nobles que se habian creado en los últimos reinados. Cuando se convocaron los estados generales estaba Mr. de Talleyrand en su obispado de Autun y el clero de su

diócesis le nombró diputado para aquella asamblea tan desatinada, tan filosófica, tan ignorante de ideas administrativas, donde se esparcieron todas las doctrinas mas á propósito para echar abajo la monarquia y donde no se siguió otro modelo que el contrato social de Rousseau aplicándole á un pueblo ya envejecido en la civilizacion. En ella se manifestó el obispo de Autun como uno de los mas celosos protectores de todas las innovaciones, pues fue quien propuso la abolicion de los diezmos, la constitucion civil del clero, la reforma de la educacion pública dirigida según las ideas de una mala y falsa filosofía que corrompió á la juventud en el siglo XVIII. Él, y Condorcet, y Cabanis eran los instrumentos de que se valia Mirabeau para fundar su dictadura intelectual, y todas las noches se reunian en su casa para preparar las mociones que al dia siguiente resonaban en la tribuna. Aunque Talleyrand no tenia ciertamente la instruccion que los otros, pero sí un extraordinario despejo y suma facilidad de estilo, como sucedia generalmente á la nobleza francesa, que sabiendo muy poco se esplicaba en lo general con mucha agudeza. En aquel periodo de su vida es cuando ocurrió la fiesta de la confederacion en el campo de Marte, donde celebró de pontifical y cuya relacion han visto ya nuestros lectores en el texto de esta obra y en una nota del autor, por lo que debemos omitirla, asi como nos sucederá con otros muchos pasages de su historia por hallarse íntimamente enlazada con la del directorio, el consulado, el imperio y la restauracion. Tomó grande empeño el jóven obispo en introducir en su diócesis la constitucion civil del clero, pero halló una fuerte oposicion en los curas, cuya mayor parte reusó prestar el juramento, mientras que él asistió á la congregacion de los primeros obispos constitucionales, lo cual le atrajo una bula de excomunión del papa Pío VI. No brilló mucho Talleyrand en la asamblea constituyente, porque subió raras veces á la tribuna, pero se distinguió notablemente por su conducta en los negocios y por su constante asistencia á las comisiones, sin adquirir si-

quiera aquella reputacion de *diestra taciturnidad* que tanto contribuyó á la celebridad de Sieyes.

Luego que aquella asamblea terminó sus tareas, salió Mr. de Talleyrand de Francia para Inglaterra, donde estaba de embajador de Luis XVI Mr. de Chauvelin, y llevó la comision secreta de procurar una íntima union entre los dos gobiernos adoptando el sistema de las dos cámaras de la constitucion inglesa. Habia ya entonces algunos proyectos sobre la casa de Orleans y podia Talleyrand servir muy bien de intermedio en aquella tentativa; pero es lo cierto que él se entendió muy bien con Mr. de Chauvelin y sobre todo con los clubs de Inglaterra. Pero estaban demasiado montadas las cabezas en Francia para contentarse con aquel equilibrio de poderes ni toda esa bataola de cámaras altas y bajas, sino que se queria la soberania del pueblo ni mas ni menos que la quieren y practican los salvages, esto es, fundada en la sublime teoria de que ciento tienen mas fuerza que uno solo. Descubrimiento importantísimo, que tanta gloria da á los modernos defensores de la soberania popular. Tambien principiaba ya la diplomacia á separarse de aquella diestra y prudente escuela, que desde el tiempo de Luis XIV habia asegurado tantas ventajas á la Francia y proporcionádola el aumento de tantos territorios, sino que consistia únicamente en hacer la propaganda y esparcir el jacobinismo. Mr. de Talleyrand tuvo algunas conferencias con los corifeos de los whigts; pero como ocurrió entonces el terrible proceso de Luis XVI y todo se preparaba para la guerra, se le dió orden de salir de la Gran Bretaña en virtud del *alien bill*, dentro del término de 24 horas. Entonces se embarcó para los Estados Unidos en lugar de volver á Francia, donde no hubieran tardado en guillotinarle, y fue á ver por sus ojos aquel modelo de los gobiernos tan ponderado por Mr. de Lafayette. Mas luego que llegó allí se dedicó ansiosamente al comercio y montó su casa en Nueva York, haciendo una higa á las respetables sombras de los Boson de Perigord y á la mitra y cayado de Autun. Lo esencial es vivir y para vivir

se necesita tener con qué. Pero realmente no convenia al espíritu de Talleyrand aquella profesion tranquila en un país tan distante de los grandes acontecimientos de la época, y asi apenas se restableció un poco el orden en Francia, solicitó permiso para volver, por supuesto despues de haber hecho bancarrota. Habia dejado en Francia varios amigos entre los partidarios de lo que entonces se llamaba república moderada, como Chenier, Madama de Staël y otros que componian la parte literaria y filosófica de la sociedad en tiempo del directorio. En efecto por influjo de aquella señora se consiguió un decreto en que se decia que Mr. de Talleyrand no habia emigrado. En consecuencia volvió á Paris vestido enteramente de seglar segun la moda del dia y trayéndose consigo á Mma. Grand á quien habia conocido en Hamburgo, y que por cierto contrastaba notablemente con el talento de su amante, porque era de lo mas cándido y limitado que jamas pisó las losas del arrabal de San German. Dió la buena señora mucho que reír en aquella época y se hicieron de uno y otra graciosas caricaturas.

Desde su llegada á Paris se asoció Mr. de Talleyrand al club constitucional que se reunia en el Palacio de Salm, y como la opinion propendia visiblemente á buscar la unidad en el gobierno, pues estaba todo el mundo convencido de que era un imposible la república, procuró mantenerse en aquella linea media entre el partido realista que queria echar abajo el directorio, y el jacobino que le repugnaba antipáticamente. Así cuando estalló el terrible dia 18 de fructidor, que tan funesto fue á los consejos y á los diaristas, se nombró á Talleyrand ministro de relaciones exteriores. Aconsejamos al lector que no olvide el cuadro, tan bien trazado por Mr. Thiers de lo que era entonces la sociedad de Paris bajo el régimen sensual del directorio, así como el estado de sus relaciones con las demas potencias. Era aquella una época sin pudor en que todo se manejaba por medio del dinero, así los negocios de dentro como los de fuera y así la posesion de las cosas como de las personas. Talleyrand se

conformó con el uso y tal vez le exageró algun tanto maniobrando, con poco secreto, pues vemos que denunciado públicamente por Carlos de Lacroix, se vió precisado á renunciar el ministerio, y aunque no dejó de acudir al manoseado recurso de los manifiestos publicando un folleto con el título de *Aclaraciones (Eclaircissements)*, no por eso dejó de acusarle públicamente en la tribuna de los 500 Luciano Bonaparte, por concusionario. En consecuencia se le quiso aplicar la ley de la responsabilidad ministerial, pero pudo salir del paso valiéndose de los mismos medios que le habian metido en él. No puede negarse que uno de los defectos de Mr. de Talleyrand fue aquella notoria ansiedad de dinero que le comprometió muy á menudo y le hizo cometer torpezas indecibles.

Picado con el directorio, principió entonces á trabajar de firme en favor del gobierno consular y cuando Bonaparte volvió de Egipto fue de los primeros que acudieron á ofrecérsele y el otro supo apreciar la importancia de un hombre de tanto talento y que ejercia tanto influjo en el partido constitucional. El lector verá todos estos pormenores en lo que resta de la historia de la república y en la que publicaremos despues del consulado y el imperio. En efecto, apenas instalado el gobierno consular, se le volvió á conferir el ministerio de relaciones exteriores en premio de sus servicios y se abrió una carrera mas vasta á su imaginacion. Fundábase este gobierno en el principio de la unidad y de la fuerza sin aquella violencia desordenada de la convencion ni aquel desórden y laxitud del directorio, de suerte que se podia negociar con decencia y moderacion, y las relaciones con los demas estados adquirieron aquella regularidad que no habian tenido anteriormente. Entonces fue cuando se abrieron las grandes negociaciones diplomáticas que prepararon el reposo de Europa. En los muchos tratados que se celebraron entonces, no solo manifestó Talleyrand el gran talento de que estaba dotado sino tambien aquella cortesania y delicadeza propias de su alto nacimiento, apartándose de los modales groseros que solian emplear los

agentes del directorio, los cuales mas que diplomáticos eran unos verdaderos espoliadores de los montes de piedad y de cuantas alhajas de oro podian haber á las manos. Mr. de Talleyrand no permitia nada de eso, sino que se contentaba con algunos buenos regalos como por via de gratificacion ó propina de tabla. Lo único que le faltaba era algun mayor disimulo en estos trapicheos porque siempre salian á luz las relaciones de lo que le habia valido cada tratado asi en dinero como en diamantes. Verdad es que por una de las mas raras fantasias de la suerte, aquel hombre tan perspicaz y de tan pocos escrúpulos en materia de dinero, teniendo ademas tantos medios y tan buena voluntad de jugar á golpe seguro en los fondos públicos, hizo en ellos pérdidas inmensas. ¿ Quien diria que el tratado de Amiens le costó mas de diez millones de francos? Pues es un hecho certísimo, como que compró sumas inmensas creyendo que subirian prodigiosamente los fondos, y estos bajaron á los pocos dias mas de diez por ciento, por uno de aquellos caprichos que solo sabe explicar el agio.

Con ocasion del concordato obtuvo el Sr. obispo de Autun un breve de completa secularizacion del papa Pio VII, que tantos sacrificios hizo por conquistar la paz de la iglesia. Aunque en este breve no se autorizaba explícitamente á Mr. de Talleyrand para contraer matrimonio, el primer cónsul, que se picaba de la pública moralidad, exigió imperiosamente que se casara con Mma. Grand, con quien estaba viviendo desde su vuelta á Francia. Obedeció el obispo y se casaron santamente en la municipalidad y en la iglesia. Los dos personages principales del ministerio consular eran Talleyrand y Fouché, de los cuales el primero representaba la reconciliacion de la antigua aristocracia, y el segundo las tradiciones del jacobinismo; por lo cual era inevitable que aquellos dos hombres se observasen y fiscalizasen uno á otro, como procedentes de unos sistemas tan opuestos. Fueron muchas las denuncias que hicieron el uno del otro, cuya relacion seria muy prolija para este lugar. No tardó en

ocurrir la fatal escena del duque de Enghuén, en la cual á pesar de todos los velos con que ha querido cubrirse, es indudable que Mr. de Talleyrand tuvo noticia de las intenciones de Bonaparte, pues existe íntegra la carta que escribió al baron de Edelsheim, ministro de Baden, en que le dice que el primer consul había juzgado indispensable enviar dos destacamentos á Offemburgo y á Ettenheim para coger á los autores de un crimen tan odioso, que privaría del derecho de gentes á los que fuesen convencidos de haber tomado parte en él. Además, después que fue arrestado el duque, asistió al consejo privado en que se preparó, sino se resolvió su condenación.

Es muy difícil resolver si Mr. Talleyrand tuvo durante su vida un sistema político ó un pensamiento general que dirigiese sus operaciones diplomáticas. Lo único que nos parece poder afirmarse es que la base de su política fue la alianza inglesa, como un vínculo necesario para oponerse á la Rusia, cuyo poder le parecía un gran obstáculo para la civilización de Europa. Las primeras ideas de su juventud no se borraron jamás de su memoria.

Al advenimiento de Napoleón al imperio, recibió Talleyrand el título de *Gran chambelán*, que equivale entre nosotros á Sumiller de corps, pues el nuevo emperador gustaba de rodearse de apellidos ilustres y no le era indiferente tener un Boson de Perigord entre los gefes de su palacio. Mas adelante, después de las negociaciones de Presburgo, que tanto modificaron la existencia política y territorial de la nación germánica, ayudó á constituir la confederación del Rin, dando al traste con la preponderancia alemana de la antigua casa de Austria. Entonces se le nombró príncipe de Benevento, con soberanía independiente bajo la protección de la Francia. Esta soberanía le valía 150 mil francos de renta, que unidos á los 350 mil de su ministerio le daban un presupuesto muy decente. Pero esto era nada en comparación del magestuoso papel que representaba entonces haciéndole la corte todos los electores germánicos. En esta altura le cogió la revolución ministerial de Inglaterra, cuando su amigo

Fox reemplazó á Pitt en la dirección de los negocios de la Gran Bretaña, y fiel á su principio de que no podía pacificarse la Europa sin el concurso de Inglaterra, abrió negociaciones de paz, que no tuvieron gran resultado por haber durado tan poco tiempo aquel ministerio whigt.

Se dice por muy cierto que Mr. de Talleyrand se retiró del ministerio por causa de la guerra de España; pero este es un error, nacido solo de la coincidencia de las fechas, pues en efecto hizo su dimisión poco antes de aquellos funestos sucesos. La verdad es que no solo tomó parte en todas las intrigas que prepararon la revolución de Aranjuez, sino que entraba mucho en su política y en sus tradiciones históricas del pacto de familia, la reunión de la España en una misma marcha política con la Francia. Cuando sus muchas cartas en aquella época no comprobasen su participación en aquel proyecto, existe su informe al emperador en que se desenvuelven todas las ventajas de aquella reunión de las dos coronas en su propia familia, á imitación de la gran política de Luis XIV. La verdadera causa de su retirada fueron los pasos que dió para negociar la paz con Inglaterra sin contar con Napoleón. No gustaba este de que nadie obrase con independencia de él sino que todo recibiese su impulso y se desembarazó de él, como mas adelante lo hizo de Fouché, que era quien le había descubierto los pasos dados por Talleyrand. Este se aprovechó de la circunstancia y se hizo pasar por martir de la paz y de la moderación. No fue tanta su desgracia, que no recibiese en cambio de ella la dignidad de Gran Elector con el mismo sueldo de 500 mil francos de que gozaba siendo ministro; mas no por eso dejaba de jugar en la bolsa, entrar en comandita con varias casas de comercio de Hamburgo y colocar grandes sumas en el banco de Londres, aguardando así el éxito de los acontecimientos. Una de sus máximas favoritas era que nunca se perdía nada por aguardar con tal que se supiese aprovechar el momento oportuno. Ibase ya formando sordamente una oposición contra Napoleón, que sin poderse llamar conspiración, minaba moralmente